

A stylized illustration in a woodcut or linocut style. It depicts the profile of a man's head, facing right. The interior of the head is a dark space filled with a cityscape, featuring tall, dark buildings with white windows. The background of the entire image is a warm, golden-brown color with concentric, wavy lines radiating from the head, suggesting a sun or a light source. The overall mood is contemplative and surreal.

LUZ NEGRA

PEDRO BERRUEZO

minotauro LABERINTO

LUZ NEGRA

PEDRO BERRUEZO

minotauro LABERINTO

Luz negra

Publicación de Editorial Planeta, S. A., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Copyright © 2024 Editorial Planeta, S. A., sobre la presente edición
Reservados todos los derechos

© Pedro Berrueto, 2024
Prólogo de © Nacho Vigalondo, 2024

Ilustración de cubierta: Tomás Hijo, 2024
Diseño de cubierta: Book & Look

ISBN: 978-84-450-1991-7
Depósito legal: B. 971-2025
Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

1

Sus extremidades son apéndices que brotan de un núcleo flotante, y podría decirse que lleva un tiempo observando las mutaciones que generan, al ritmo de las palpitaciones de su organismo. Aunque todos esos conceptos (*observar, apéndices, mutaciones, palpitaciones, organismo*) tienen algo de reconocimiento de lo físico que no se corresponde con lo que es realmente. Pero... ¿acaso no es la propia reflexión sobre todo ello una prueba indiscutible de que algo de humano ha quedado ahí, una mancha imposible de limpiar posteriormente, después de la última vez que...? ¿Que qué? ¿Que fue su depredador más letal?

Lo humano es, sin duda, la más abyecta de las enfermedades. Lo percibe desde el vacío infinito en el que flota indolente, dejando empapar su consciencia por esa ausencia total de todo lo tangible. Ha controlado plagas con un pensamiento, ha desplazado pestes por Europa y pandemias por América, ha plantado la semilla del odio en comunidades de África que han aprendido a crecer entre guerras civiles y fratricidios cíclicos. La humanidad, la esencia misma de la reacción química que puso en pie a los monos, es un cáncer peor que cualquiera de sus designios, y ahora lo está percibiendo en su propio organismo. Gesticulaciones compulsivas y teatrales, procesos lineales de pensamiento que no toman en consideración los cuajos

transversales que desangran el espacio y el tiempo... Se mira de nuevo y capta la ironía. ¿Qué será lo próximo, pulgares oponibles?

La humanidad, piensa (¡piensa!, y un temblor instintivo recorre sus apéndices), es en realidad algo más que zarpas prensiles y capacidad para enumerar objetos más allá de los límites de los dedos de las manos. Es la repugnante moral que condiciona los actos y cohibe los instintos, es la arbitraria división entre bien y mal que acaba asfixiando la tráquea de los homínidos y les impide razonar. Como una mala hierba, es lo humano lo que, paradójicamente, ha traído problemas a la humanidad durante centurias. E incluso desde antes, porque ya en el vacío, antes de la aparición de vida en el cosmos, la amenaza de lo humano era tan tangible como su propia existencia mucho después.

Esa mancha no va a desaparecer. Cada una de sus encarnaciones lleva más rasgos de repugnante humanidad consigo. Pero quizás valga la pena otra incursión en las brevísimas existencias terrestres. Una última vez, como mandan los cánones de ese pensamiento lineal, humanísimo, que le hace sonreír por su boba simplicidad. Sonríe cuando es carne, claro. Cuando su cuerpo se deja contaminar por el polvo, el aire, la inmundicia. Sonríe cuando es humano. Asqueroso.

2

Lara llegó incluso a pagar una pequeña cantidad de dinero por el reproductor digital de vídeo. Era un pequeño programa que podía encontrarse sin problemas por internet, en versiones gratuitas y más sencillas, que esquivaban los ultraseguros laberintos de las pasarelas bancarias virtuales. Pero había escogido la versión de pago por un detalle que, estaba segura, pasaría desapercibido para la inmensa mayoría de usuarios. Entre los muchos añadidos cosméticos para adictos a la imagen en movimiento, cuando el usuario apretaba el botón virtual de pausa en la aplicación, sonaba un clac claro y transparente que irrumpía desafiante en la banda sonora. Profanaba el séptimo arte con un chasquido seco que estaba diseñado para recordarle a su infancia, al instante en el que pausaba sus películas en el viejo reproductor de cintas de VHS de casa de sus padres. Una onomatopeya que en el presente era sólo un adorno nostálgico, inútil, pero que para Lara funcionaba como un masaje en la memoria, una caricia en formato WAV, justo allá donde se alojaban sus recuerdos.

El gesto crispado de Lon Chaney en *Los pantanos de Zanzíbar*, esculpido a partir de circunferencias concéntricas en torno a los ojos, focos de maléfica compasión, se congeló en el reproductor con ese falso sonido de cabezales de vídeo reposando sobre la cinta. Lara asintió con un gru-

ñido y abrió su cuaderno negro. El librito descansaba en la mesa, como siempre, pulcramente alineado con los bloques de etiquetas adhesivas amarillas y los portalápices ilustrados con los monstruos clásicos de la Universal. Se dio cuenta de que los creadores del programa visualizador, qué cucos, habían añadido a la imagen pausada un leve temblor y unas interferencias en forma de nieve y distorsiones horizontales. Clarísimamente, el reproductor imitaba, con el sonido y la imagen como armas arrojadizas, cómo los reproductores de vídeo analógicos de los años ochenta eran incapaces de brindar una pausa perfecta, tan lejos de la prístina congelación en el tiempo de la imagen digital y su cadavérica exactitud informática. El clac al pulsar el botón de pausa seguía generando ecos en su memoria, volvió a apretar la tecla de reproducir, dejó que Lon Chaney pestañeara, y pausó otra vez. Clac de nuevo.

Sonrió con los ojos nublados por la miopía y los recuerdos y apuntó un par de reflexiones en el cuaderno, relacionadas con «poderío físico = memoria», «ejercitar como músculo», «arrugas como cicatrices piedra en cara Chaney», y se acordó de la primera vez que vio esa película concreta. Su padre la tenía grabada en una cinta que le había pasado bajo mano un archivista de la Filmoteca, y tomaba notas para una conferencia pausándola cada pocos segundos (clac, clac, pero de verdad, no como impos-tura digital). Lara estaba al lado con once años y, cubierta con una manta hasta los ojos, se dejaba llevar por las villanías de un actor que ya entonces llevaba décadas muerto. Se preguntó si esas reflexiones tenían sentido después de las asépticas anotaciones sobre valores de producción y nombres propios cuyas filmografías tenía que chequear en internet. Pero el tobogán de nostalgia que la llevaba por los sencillos tiempos en los que las películas eran sólo historias con principio y final, objetos embrujados en el interior de carcasas de plástico, acabó resultándole con-

fortable. Releyó las últimas cuatro páginas de notas y le complació la combinación de datos fríos y reflexiones abstractas sobre el poder evocador de los recuerdos. Reafirmó el punto final de un párrafo con un pequeño asterisco y cerró la libreta.

El timbre sonó y, casi simultáneamente, murmuró una palabrota y saltó de la silla. Bea se había adelantado a la hora prevista, esa manía tan suya. Agarró el telefonillo como si quisiera arrancarlo de la pared y dio unas breves indicaciones sobre «abrir la puerta de la calle con cuidado, el ascensor va hoy regular y cógeme las mierdas del buzón, porfi, se abre sin llave, ya sabes que la cerradura está rota». Así ganaba el tiempo suficiente para abrir las ventanas mientras se ponía algo más higiénico que la camiseta que no se había quitado en tres días.

Cuando Bea llegó al piso la saludó con un rápido abrazo.

—Huele raro —dijo Bea al entrar. Lara emitió un gruñido, sin dejar claro si era de confirmación o de disgusto.

—Puede ser, perdona. Llevo tantos días seguidos enfrascada en el libro que igual se me ha ido un poco la pinza.

—Nadie dice «se me ha ido la pinza» desde los noventa. Decididamente, tienes que salir, te has quedado desfásada. Te he traído chucherías.

Bea soltó en la cesta de las llaves una bolsa de plástico rebotante de golosinas variadas y compradas al peso. Un despliegue de colores y texturas inexistentes en la naturaleza.

—Entre lo que me traes tú y mi penosa dieta de eremita me va a salir una úlcera.

—¿Eremita? Insisto: necesitas salir.

—Bueno, ser una eremita consiste precisamente en no salir.

Lara hizo girar la bolsa de golosinas delante de sus ojos en un carrusel de tentaciones azucaradas: gusanos de gominola, ladrillos de azúcar y plátanos de plástico dulce. «Ya no hacen caramelos con forma de caramelo», pensó, y

el túnel de los recuerdos del que no había terminado de escapar volvió a abrir sus fauces.

—No —susurró Bea interrumpiendo su flujo de pensamientos y agitando el teléfono móvil frente a la cara—. Una eremita está dedicada al ayuno y la meditación, lo acabo de mirar en internet. Y tú no estás aún en ese punto.

—Bueno, un poco de meditación sí...

—Sin ayuno, la meditación no es meditación. Es mollicie, como dice mi madre.

—¿Qué tal tu madre, por cierto? —dijo Lara. Arrojó la bolsa a la encimera de la cocina después de haber escogido un largo gusano de regaliz rojo.

—Te echa de menos. Que a ver cuando te pasas a verla.

—Qué mona. Yo también a ella, díselo, por favor. Quizás algún día...

Bea se daba cuenta de que quizás la visita había sido mala idea. Las heridas seguían en carne viva y cada nueva palabra las hacía supurar de nuevo.

—Venga —zanjó—. He venido a que te dé el fresco. Vístete y nos largamos.

Lara se giró para observar los mínimos rayos de luz que entraban por la única ventana de su casa. Hacía días que no salía a la calle y le sentaría bien.

—Me ducho en un momento y nos vamos. Si quieres algo sírvete, ya sabes donde está todo.

Mientras el eco del agua luchando contra las paredes del desagüe se escurría por rincones secretos del edificio, Bea revisó las señales claras de que su ex estaba empezando a sumergirse en un nuevo proyecto. El polvo amontonándose en los recovecos de las figuras de plástico que reproducían iconos desconocidos de películas y cómics. Las pilas de libros en idiomas que no hablaban ninguna de las dos. Los dispositivos portátiles siempre conectados a tomas de corriente, recibiendo energía continua. La misma energía que funcionaba en sentido inverso en el gesto de

Lara, que posiblemente cada día estaría más ojerosa. Cuando el agua cesó de jugar con las entrañas de la casa, Bea se dio cuenta de que todo aquello ya no le resultaba ni enigmático ni fascinante. El polvo, los enchufes, el portátil... eran ingredientes de un potaje de aislamiento, egoísmo y desencanto. Pero esta vez no iba a estar en medio para comprobar si acababa fructificando en otro libro más para las pilas, uno escrito en un lenguaje que sí comprendía, pero no le interesaba.

—Te ha sentado bien la ducha —murmuró Bea cuando se abrió la puerta corredera que daba al baño y Lara apareció en albornoz. Y era verdad: el agua había enjuagado de su gesto el aire de obsesión con los objetos, con las películas, con los muertos mudos y en blanco y negro.

—Gracias —respondió su amiga con timidez impositiva, y se encerró en el dormitorio para vestirse—. ¿Sabes que me he vuelto a poner en marcha con un libro?

—Sí, ya veo. ¿Es por eso por lo que me has llamado?

—Antes de encerrarme en casa con todo esto y de forma definitiva me apetecía ver a alguien, tomar una cerveza, charlar un rato, y quería que fueras tú.

Bea se dio cuenta de que era lo más cercano a una disculpa que iba a conseguir por los cuatro años anteriores. Dadas las circunstancias, le pareció suficiente.

—Pues gracias por el privilegio. No vamos a hablar de libros, ¿verdad? —Las perchas no dejaban de sonar, e insistió—: ¿Verdad?

—No, si no quieres.

Parte de la Lara sonriente y saludable del pasado se asomó desde su dormitorio.

—Otro día. Hoy, cerveza —dijo Bea.

—Venga, otro día —replicó Lara saliendo a su encuentro. Miró de reojo los libros, que parecían vibrar de impaciencia, y cerró el portátil. Sonó como un bostezo ahogado.

3

—*Die zwölfte Stunde. Eine Nacht des Grauens* —leyó la mujer, titubeando por lo pedregoso del idioma alemán. El tono seco dejaba claro que su edad era un obstáculo decididamente menor para lo que quería conseguir aquella tarde.

—*La duodécima hora*. Un título rebosante de significados —señaló el encargado del teatro, acariciándose la barbilla, blanda y prominente, de la que nacía un vello blanco asquerosamente lacio.

El despacho era pequeño, oscuro, y estaba adornado con objetos que la mujer reconocía de su periplo por otros despachos pequeños y oscuros de toda Alemania: el candelabro con velas negras, el pergamino enmarcado en un idioma del norte de Europa, la jarra de cerveza con el símbolo de una logia esculpido cuidadosamente junto al asa. El hombre, achaparrado y con la cara atravesada por arrugas, apoyó el muslo en la esquina del escritorio y siguió traduciendo.

—La hora de las brujas, también la hora de los siervos de la oscuridad. La hora infinita, como la conocían en los tiempos de Enrique I.

—¿Y el subtítulo? Me temo que mi alemán no es tan bueno como para entenderlo.

—*Una noche de horror*. Adecuado, ¿no cree?

Florence Stoker frunció el ceño y notó los anteojos subir y bajar por el puente de la nariz. Francamente, a aquellas alturas era incapaz de determinar si su difunto marido habría consentido un título tan explícito. Pero desde algunos de sus borradores iniciales, aquellos que había tenido el dudoso gusto de leer, la novela había mutado tanto en busca del éxito, en una transformación infatigable que le había acabado costando la salud y el ánimo, que ya no estaba segura de nada. Mucho menos después de todo el tiempo que había permanecido al lado de su marido, sacrificando ella misma su propia juventud y su futuro. En realidad, las intenciones de ambos se entremezclaban en un magma informe. Hubo un propósito inicial de preservar intacto el legado de Bram rastreando las proyecciones y las copias de *Nosferatu*. Luego, la cosa fue derivando a cuestiones más bien monetarias. Y de un tiempo a esta parte todo le parecía que tenía un significado algo más trascendente.

—Adecuado, sí, puede ser —dijo la viuda de Stoker. Sabía que aquello no acabaría de forma pacífica desde la primera frase que había pronunciado aquel demonio que se retorció bajo piel humana. Ya distinguía las pequeñas señales que delataban la presencia de lo sobrenatural: los minúsculos tics en los ojos que se anticipaban a fugaces parpadeos reptilianos, las palpitaciones en la frente, quizás porque unas astas infernales pugnaban por salir a la superficie. Pero, sobre todo, un sudor frío, pegajoso, que hacía que su interlocutor se tocara incómodo el cuello de la camisa. La ropa, el disfraz, le resultaba artificial, innecesario. Se humedecía con una lengua de tono verdoso los labios, cuyos bordes casi habían desaparecido.

—Sé de las cuestiones legales que rodean a la película del señor Murnau y sus conflictos con ella —dijo el hombre, o lo que fuera. Se relamía y se relamía hasta que lo convirtió en un acto reflejo que casi empezó a contagiar a la

viuda—. Pero aquí estamos ante una película que, si me permite el atrevimiento, es muy distinta. *La duodécima hora* es una versión de *Nosferatu* que usa una tecnología de discos de sonido para dar voz a los personajes y una música de acompañamiento. Está aprobada por los creadores de la película original. Seguro que hasta el propio señor Stoker habría recibido con gusto esta revolución tecnológica.

El propio señor Stoker, pensó Florence, estaría posiblemente inventando alguna excusa para justificar un desplante de su adorado amigo y patrón el señor Irving, o pugnando por disimular los cada vez más evidentes síntomas de sífilis que marcaban su piel y que habían convertido sus últimos años de matrimonio en una comedia. Ah, maldito Bram, muerto y sigues dándome un quebradero de cabeza tras otro.

—Sabe bien, señor...

—Bulwer —dijo el demonio disfrazado, y siseó al aire.

—Señor Bulwer. Sabe bien que mi único propósito es reclamar lo que es mío: los derechos de explotación de la obra de mi marido. Y si no es posible una compensación económica, deberá retirarse la película de la circulación, sea *Nosferatu* o sea esta versión suya. Así se lo comunicaron mis abogados por escrito a sus jefes, y así...

—Señora, insisto: las creaciones artísticas no son posesión privativa de ningún hombre.

—Yo no soy un hombre. Soy una mujer. Florence Balcombe, viuda de Bram Stoker y albacea literaria de mi difunto marido. Lo que incluye los derechos de su novela *Drácula*, que ustedes están pisoteando con proyecciones ilegales desde 1923. Me da igual que intenten disfrazarlo de versiones con sonido, pintadas de colores o con nuevos personajes, como intentan hacer con esta ridícula hora *dé-cimonosecuantas*. *Nosferatu* es legalmente mía.

Bulwer comenzó a enrollar el cartel con gesto indignado, recobrando la apariencia de humanidad conciliadora.

La frente, sin embargo, le palpitaba a una velocidad imposible de seguir.

—Usted no imagina hasta qué punto esta película está por encima de nosotros. El Maestro no va a tolerar...

—¡Me da igual si no lo tolera el mismísimo canceller Guillermo! —dijo Florence Lacombe. La anciana iba ganando en agilidad y furia, sintiéndose rejuvenecer a cada réplica—. ¿Está hablando de ese productor escurridizo al que no hay forma de contactar, el señor Grau? Debe de estar sepultado bajo una montaña de requerimientos judiciales que mis abogados...

—No hablo de monigotes de carne o de súbditos en este plano —interrumpió Bulwer, al que le habían desaparecido las pupilas. Florence era incapaz de determinar si estaban dilatadas o desintegradas—. Hablo de algo más allá, de un coloso celeste que nos observa desde una posición muy superior a la que usted es capaz de alcanzar con la vista.

—Se lo comentaré a mis abogados —repuso la anciana, y de un zarpazo arrebató el cartel de las manos del hombre. Éste retrocedió dos pasos, siseando y volcando un tintero sobre el escritorio. Seguía agarrado al lazo de seda púrpura que había mantenido enrollado el cartel unos minutos antes.

Súbitamente, abrió la boca y dejó escapar un aullido. Acompañando el sonido de ultratumba, la piel de sus mejillas se fue cuarteando. Su mandíbula inferior se estiró hasta un extremo antinatural. Florence Stoker retrocedió un par de pasos para que sus botines no fueran alcanzados por innumerables esputos de una viscosa sustancia que el hombre expulsaba por la cloaca en la que se había convertido la parte inferior de su rostro.

—El tiempo, el espacio, la misma realidad se verán corrompidos —decía aquel ser con una cadencia rítmica ínfima, que extirpaba todo sentido a cada una de las palabras.

Según se le iba cayendo la cara a trozos, marcaba con un ritmo ultraterreno las eses de los plurales y abría las vocales. Cada palabra era un pozo de pestilencia que provocaba arcadas a Florence Stoker. Retrocedió mientras veía cómo la luz oscura nacía de su cuerpo, asomaba por debajo de los bordes de la camisa. Esa luz negra que ya había visto otras veces y que se comportaba como un líquido espeso, como un alquitrán místico al que su intuición le aconsejaba no acercarse.

—¡Retrocede! —ordenó la señora con una voz grave que no se correspondía con su menudo cuerpo.

—El Maestro... la afrenta... pronto será el amanecer... —las palabras parecían agolparse para salir de su boca. Una rata del tamaño de una hogaza de pan y una docena de cucarachas se asomaron a sus labios agrietados.

La espalda de la anciana tocó la puerta de madera de roble por donde ambos habían entrado unos minutos antes. Era la única salida de la estancia. De espaldas, giró el pomo, que emitió un suave chirrido a la vez que el engendro junto al escritorio manoteaba en un remolino de extremidades sin voluntad. Una silueta amenazadora comenzó a definirse bajo la piel de Bulwer, pugnando por salir de su envoltorio humano, que se deformaba una y otra vez con horribles estertores. Finalmente, levantó de nuevo el rostro, ya sin expresividad ni ojos, boqueando insectos y con la rata abriéndose paso a dentelladas a través de su mejilla.

—No tenemos prisa —bramó con solemnidad—. El Maestro ha esperado durante eones, y sólo eres una mota de polvo en la superficie del plan. Te queda poco tiempo en este plano, y después, la oscuridad.

La viuda asestó un golpe a la cara del monstruo con el bastón después de trazar un enorme arco sobre la cabeza para tomar impulso. El golpe hizo caer la mandíbula inferior al suelo y la rata se escabulló de nuevo hacia el interior

de su cuerpo, que iba teniendo la consistencia y la estabilidad de un monigote de trapo y paja.

—¡No sabéis a que os enfrentáis, engendro! —dijo la mujer, dando un paso hacia la criatura, que caía de rodillas—. ¡Esa película se aprovecha de mi difunto marido y de mi único sustento, y vosotros, parásitos de ultratumba, no vais a quedaros con él!

Con un interrogante lacrimoso en los ojos, el ser que habitaba en el interior de Bulwer terminó de desprenderse de la piel humana, que cayó al suelo entre pequeños giros. Florence Stoker no volvió a retroceder hacia la puerta pese a que la figura era ya un faro de luz negra, el fulgor sin brillo de un hierro incandescente borboteaba por su boca y sus ojos. El ser que pataleaba para desembarazarse de los restos humanos y un zapato era una especie de octópodo semitransparente, de piel blanca, brillante y que palpitaba como la de un enorme gusano blanco. Miríadas de patas le nacían en los costados y, coronando la pesadilla, había una minúscula cabeza humana que apenas tenía expresividad, como si tanto tiempo en el cuerpo de su huésped hubiera acabado dibujando restos de rasgos humanos en la fisonomía del monstruo.

La criatura se encaramó al escritorio con las múltiples patas moviéndose en oleadas rítmicas. Después, desde allí, saltó hacia la ventana, rompiendo el cristal y cayendo a un callejón. Luego se escabulló hacia la oscuridad. Florence Stoker se asomó a la ventana y olisqueó el indefinible aroma a piedra mojada y verdura podrida de aquella zona de la ciudad. Después de examinar los jirones de piel muerta que el monstruo había dejado en las afiladas puntas del cristal roto, volvió a colocar cuidadosamente el lazo de seda con runas bordadas en el cartel enrollado. Miró a su alrededor: la luz negra no se había disipado del todo en las paredes, aunque su fuente hubiera desaparecido del despacho. Era una sustancia persistente, como un agujero en la

realidad que se abría hacia un abismo. No se atrevió tampoco esta vez a acercarse a los restos de luz, que imaginaba pegajosos y dulces como mermelada.

—Esto queda confiscado —dijo volteando el cartel, y salió del despacho esquivando charcos de limo y restos de ropa pringosa y humeante. Sus abogados la iban a oír.